

¿PARA QUÉ SIRVE LA HISTORIA?

Por

HERBERT LÜTHY

Transcribimos a nuestro *Boletín*, de la revista *Humboldt* (Núm. 39 de 1969), publicada en Unterägeri, Suiza, un magnífico estudio de análisis y crítica historiográfica del que es autor Herbert Lüthy. Tal decisión obedece a que un acertado examen de él podría ser de muy saludable utilidad a los que no comprenden lo que es la investigación histórica y los provechos de estos afanes de acumular información del pasado.

Creemos, como lo dice el autor, que es muy conveniente que el historiador investigue, no sólo para enriquecer de información el conocimiento de la vida humana, sino para limpiar de muchos escombros el campo de la cultura; no sólo de las leyendas con apariencias históricas, sino de muchas ideas con aspectos filosóficos que también pueden ser escombros que enturbien con opiniones peregrinas el verdadero sentido de los trabajos de la investigación histórica.

Felicitamos encarecidamente al autor y le agradecemos cumplidamente su autorización para esta reproducción, así como al editor de *Humboldt*, Alberto Theile, por el permiso que nos concedió para esta transcripción.

La pregunta, hecha a menudo en una forma desabrida, de si la historia tiene realmente razón de ser, sirve siempre para sumergir al historiador en la mayor perplejidad, y esta perplejidad es todavía más inquietante porque pocas veces se da cuenta él mismo de la atroz y desconcertante ambigüedad de esta pregunta. El afán de conocer el sentido de la historia tiene, en primer lugar, un carácter filosófico o teológico, como el de averiguar el sentido de la vida o de la muerte, de las luchas y de los fracasos de las generaciones, y afecta lo mismo al historiador que al biólogo, al moralista o a cualquiera de nosotros que, entre el trabajo diario y las horas de asueto, encuentra a veces tiempo para preguntarse qué sentido tiene su actividad. La respuesta que encuentra, si acaso encuentra alguna, no siempre dependerá de sus conocimientos históricos; sin embargo, esta pregunta, tal como la formulan hoy concretamente los reformadores de la escuela y los planificadores de la enseñanza, refleja el deseo de saber si tiene realmente sentido ocuparse de la historia como disciplina. El hecho de que ambas preguntas se imbriquen es significativo para la historia considerada en este sentido. Dificilmente tropezará un zoólogo, pongamos

por caso, con una pregunta análoga para saber si el reino animal “tiene sentido”. La ciencia positiva empieza precisamente con la objetividad del objeto, que no es sino la exclusión de la pregunta filosófica acerca del sentido. Pero esta objetivación es inútil para el historiador. No cabe duda de que la historia es la única disciplina científica, o instituida como ciencia, que nunca ha encontrado un nombre para sí misma, a fin de distinguirse de su objeto como ciencia; pues el hecho de que la investigación histórica como disciplina se llame simplemente historia es, naturalmente, tan absurdo como si se designara sencillamente la biología como la vida o la jurisprudencia como el derecho.

Esta inocente imprecisión de la terminología que, en muchos aspectos, es característica de la disciplina histórica y hace dudosa su pretensión al carácter científico, se debe naturalmente a la circunstancia de que, en su origen, la historiografía era realmente sólo la anotación de las historias, el relato de los acontecimientos presenciados y más o menos dignos de crédito: una actividad que, por lo menos para la civilización occidental, es tan vieja como la civilización misma, por ser —a diferencia de algunas otras— una civilización de historiadores. Incluso nuestras religiones son religiones históricas, los textos sagrados de los judíos y de los cristianos son libros de historia, y los griegos y los romanos eran historiadores eminentes. Tener historia, saber que tenemos historia, tener conciencia de la continuidad histórica en la que nos encontramos y actuamos es —¿o tal vez fue?— un elemento de nuestra conciencia, del que en ningún caso podríamos prescindir.

En este sentido trabajan también ingenuamente hoy todavía todos los historiadores que, en el sector que les corresponde, practican la investigación de su propio universo histórico.

Saber exactamente lo que ha sucedido y cómo ha sucedido, tal es la tarea que se han impuesto, porque aquí les ha faltado un elemento de enlace para llegar al conocimiento de una parte del pasado, y tal vez debido a la convicción —jamás expresada ni completamente pensada, pero que se halla profundamente anclada en nuestra conciencia histórica— de que tiene importancia, probablemente una importancia capital, elaborar también, en relación con este detalle, una imagen *verdadera* y no una falsa de nuestro pasado.

La investigación histórica como profesión es siempre una labor exacta que individualiza los procesos, convirtiéndolos en problemas aislados, y el que no ha aprendido esta profesión, el que jamás se ha encontrado perplejo ante un problema del cual ninguna literatura histórica le daba la solución; o ante una charada, para cuya definición había de buscar sólo,

de una manera metódica, el camino que debía conducirlo a la fuente, por no haber acceso directo a ella, éste podrá tener una opinión, como la tiene todo el mundo, sobre el sentido y el curso de la historia, pero nunca sabrá lo que es la investigación histórica. Y precisamente porque el historiador ha de ser más concreto que cualquier otro hombre de ciencia, quiero dar un ejemplo concreto extraído de mi propia experiencia. He invertido varios años de mi vida, claro que no de una manera exclusiva ni sin tener otros intereses y tareas, pero con una especie de obsesión, en el estudio de estos problemas, al parecer absurdos, tales como el de encontrar la identidad de dos individuos que aparecen, en docenas de obras históricas, como los fundadores del primer banco que funcionó en Francia para el público, llamado *Caisse d'Escompte*, y que después convirtió Napoleón en el Banco de Francia. Y como hay varias historias del Banco de Francia y de la *Caisse d'Escompte* y que ambos desempeñaron un papel capital en la historia moderna del país, se sabía que esta fundación, en 1776, había sido la obra de un Sr. Panchaud y de un Sr. Clonard, pero los nombres de pila y los orígenes de estos señores eran desconocidos, los archivos de la época de su creación habían sido destruidos y todos los datos se basaban en los relatos procedentes de una fuente única, que se limitaba a la información de que el Sr. Panchaud era ginebrino y el Sr. Clonard escocés: dos extranjeros, por supuesto, y de conformidad con esta idea generalmente admitida, que se apoyaba precisamente en esta tradición oscura, la historia de los establecimientos bancarios y de crédito franceses es en general la historia de las manipulaciones de extranjeros sospechosos ginebrinos, escoceses, protestantes y judíos. Al parecer, ningún historiador había deseado saber más acerca de esos señores, ya que su objetivo era la historia de las finanzas, es decir, la historia anónima que se basa en estadísticas, balances y sumas de transacciones, depósitos, cambio y pagarés negociados; esa especie de historia anónima que se limita a lo cuantitativo y renuncia al conocimiento de las personas que intervienen en ello, renunciando también así a saber qué sucedió realmente y cómo sucedió. Para una investigación histórica, cuyo objetivo era la historia social concreta, tenía importancia saber esas cosas, porque, en este sentido, la fundación de un banco público representaba una ruptura completa con los principios vigentes del derecho canónico y público, y con la estructura existente de privilegios y posiciones financieras, y no sólo un punto crucial definitivo de la historia de las finanzas, sino también de la historia de la sociedad y de la política. ¿Cómo se había producido este hecho? ¿Quiénes eran esos señores? ¿De dónde procedían, quién estaba detrás de ellos? Pues mientras estos hombres siguieran siendo sólo unas cifras para los conocidos, su nombre carecía de

sentido. La historiografía está llena de esos nombres que se ocultan detrás de los ceros.

Pero, ¿cómo encontrar la identidad de dos personas desaparecidas desde hacía casi dos siglos y de las que sólo ha quedado, en un caso, un apellido que llevan cientos de familias, y en el otro, ni siquiera un apellido, sino evidentemente uno de esos títulos usurpados, con los que gustaban de adornarse los nuevos ricos en Francia, para hacer olvidar su árbol genealógico? Se trata de un problema típicamente histórico, cuya solución no se encuentra con ninguna fórmula, con ninguna deducción lógica o por inducción, sino sólo por el abominable camino empírico del tanteo, de la búsqueda y de la aproximación, que ni siquiera está indicado, como cuando se trata de la solución de un problema matemático, y que únicamente puede descubrirse, y no siempre, estudiando el material heterogéneo y disperso, encontrado a través de los azares de la historia y de los archivos, en el ámbito de las relaciones que se establecen a fuerza de preguntar, y que algunas veces nos permiten vislumbrar en algún sitio la indicación esperada. Pero puede ocurrir asimismo que no se averigüe nunca o que sólo se obtenga una solución hipotética, y que la interrogación siga en pie, porque se haya extraviado la respuesta. Y esto es también un resultado. En este caso quedaba el camino polvoriento entre las masas de expedientes notariales no inventariados, incompletos y, además, no asequibles, en principio, al historiador. Cabía esperar, pues, que tal vez apareciesen en ellos los nombres y las calificaciones completas de esas personas y que los antecedentes buscados surgiesen en una referencia inconfundible a los antecedentes buscados. Y en efecto, transcurrieron varios años de pesquisas, generalmente infructuosas, ya que los pocos hallazgos que se hicieron no permitieron levantar el velo que cubría con una tenacidad irritante los datos perseguidos, hasta que de pronto aparecieron esos nombres y entonces se vio que el supuesto ginebrino Panchaud no era ginebrino, sino hijo de un emigrante vaudense, nacido en Londres, que había actuado de agente, de proyectista profesional y de experto en problemas financieros ingleses —hoy diríamos espía económico— al servicio de todos los ministros de finanzas franceses, que pretendían introducir en Francia las instituciones y las técnicas inglesas de crédito público, para sostener la lucha de una monarquía casi siempre insolvente contra el poder de la finanza británica. Y como es natural, el presunto escocés Clonard no era escocés, ni se llamaba Clonard, a pesar de haber añadido este atributo a su apellido Sutton, sino que descendía de una familia asimilada hacía tiempo a la jerarquía francesa de funcionarios, esa *gentry* conservadora que, a fines del siglo XVII, había emigrado, después de la caída de los Estuardos, para ponerse al servicio

de la Casa Real francesa —y también de la española— con objeto de impedir la usurpación de la Corona inglesa por los protestantes de la Casa de Orange-Hanover. Pero este hombre no había bajado del cielo desde un lugar cualquiera, sino que había sido administrador de las últimas posesiones francesas de Indias y, como la emigración inglesa e irlandesa fiel a los Estuardos desde John Law, había desempeñado también un papel eminente en la formación y la defensa del imperio colonial francés contra la potencia marítima británica.

Al principio, la fundación del futuro Banco de Francia sólo fue una creación destinada a reemplazar a la Sociedad Francesa de las Indias Orientales, que se había derrumbado después de la Guerra de los Siete Años, es decir un organismo para financiar el comercio francés de ultramar y de los miserables restos de un imperio colonial francés en las Indias Orientales y Occidentales, financiamiento que, una vez eliminada la potencia marítima francesa, sólo se efectuaba a través de Londres y Amsterdam y que, por esta razón, sólo podían realizar unos tráfugas. A partir de aquí, de la identificación trabajosa y aparentemente sin importancia de dos figuras anónimas de la última categoría de la historia universal, aparecieron relaciones e indicios en los complejos intercambios que tenían lugar entre las facciones internas confesionales y políticas y la dirección concreta, pacífica o belicosa, de la política extranjera, que no representaba únicamente los intereses superiores de la nación, sino que era además la pelota y el objeto de las querellas de estas facciones; en la función, completamente descuidada por la historia tradicional de los Estados, desempeñada por los grupos no estatales o supraestatales que suelen formarse en el seno de las emigraciones políticas o religiosas y de las minorías dispersas, así como en la interferencia de la política imperialista exterior y de la organización interna, que era fundamental para toda la evolución anterior —es decir, indicios, para los que sólo una suma de conocimientos aislados exactos puede dar la clave, ya que la solución de uno solo de estos problemas plantea otras series de problemas nuevos y abre otros caminos para su penetración.

Este es el descubrimiento que hace el historiador y que, para quien desconoce esta esfera de problemas o no se interesa por ellos ni por su planteamiento, suena más bien como el cacareo de la gallina ciega que ha logrado encontrar un grano de trigo: es el trabajo del arriero histórico, sin el cual es imposible llegar a conocer la historia, aun cuando ésta no se agote con este trabajo. En la historia pululan los Panchaud y los Clonard anónimos que caen del cielo; nuestros libros de historia están llenos de sus nombres y esto es lo que hace tan tedioso su estudio en la escuela. Un Gen-

gis Kan o un Tamerlán cualquiera parte del Asia Central, literalmente desde fuera de la historia conocida, e irrumpe en el mundo civilizado, destruyendo los imperios, desde la Santa Rusia hasta la China, pasando por el califato de los Abasidas; un Gustavo Adolfo llega del remoto Norte legendario, arrasa Alemania y salva la Reforma; un aventurero escocés llamado John Law llega a París y, a fuerza de especulaciones bursátiles, convierte a Francia en una casa de orates; un Vladimir Illitch Lenin parte de Zurich para Rusia, atravesando el territorio enemigo y desencadena la Revolución Soviética, en la que fuera de él nadie había creído; un pintor austriaco llamado Adolfo Hitler se presenta en Alemania y embauca a todo un pueblo. ¿Qué puede significar todo esto para nosotros? ¿Qué representan estos nombres, estas fechas y estos hechos de la historia universal, si no podemos incorporarlos a un sistema de referencias, en el que sean comprensibles los actos de esos individuos y las posibilidades y condiciones de su actuación y, por esta razón, sean estos procesos otra cosa que ese “cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y de furor, pero carente de sentido”? La investigación histórica, para merecer este nombre, ha de ser un estudio exacto que llegue al límite máximo de la precisión; al mismo tiempo, y esto constituye el problema más grave, se halla en el punto de partida para un objetivo distinto del que persiguen la mayoría de las ciencias exactas: no busca la generalización ni la formalización teórica, sino la individualización, la identificación, el descubrimiento de la singularidad de todos los acontecimientos humanos que presentan ciertas analogías con otros acontecimientos humanos de un orden semejante, y de este modo contribuye a reunir una suma de experiencias humanas, pero que nunca se repite ni puede repetirse experimentalmente en una coyuntura ni en unas condiciones idénticas. Ningún experimento de desarrollo industrial inducido puede reproducir la evolución industrial de los antiguos Estados industriales, aun cuando sea sumamente útil y necesario volver a meditar sobre estas experiencias a la luz de las nuevas. No interesa al historiador lo que es común a las revoluciones, porque es muy poco y trivial, sino lo específico de cada una de ellas. La historia puede ser exacta en relación con cada estudio aislado y resultar hipotética en la generalización y la extrapolación, de las que no puede prescindir para el planteamiento de sus problemas, pero de las que ha de volver siempre para cada investigación, para la verificación concreta, la individualización y la identificación. ¿Por qué, entonces, la auténtica literatura histórica del historiador, que nunca puede saberlo todo ni gran cosa de primera mano, no ha de ser la representación de todas las grandes épocas, las historias de las civilizaciones o las histo-

rias universales, en vez de las áridas monografías, que requieren para cada enunciado todo el aparato de la demostración, de las construcciones y de las hipótesis auxiliares, es decir, la posibilidad de una verificación concreta?

Con el caso de los señores Panchaud y Clonard he elegido un ejemplo límite, para probar hasta qué extremos de individualización y de identificación de los factores del acontecer ha de penetrar la historiografía, antes de poder afirmar algo auténtico sobre un proceso histórico. La economía y la sociología, que son sus ciencias humanas, no necesitan molestarse para obtener estas individualizaciones e identificaciones, porque sus métodos y su sistematización se han construido sobre el anonimato de los procesos y sobre el desglose de lo individual. Si este desglose fuera posible en la realidad, bastaría con poseer una pequeña cantidad de datos estadísticos para trazar la curva de la historia universal y extrapolar sobre el porvenir, y nuestro mundo sería infinitamente distinto y más sencillo, y quizá también menos digno de ser vivido. Pero el verdadero curso de la historia, como saben todos los economistas y sociólogos, no es anónimo, naturalmente, y sólo nos es conocido como verdadero acontecer, en la medida en que arrancamos del anonimato a los individuos que intervienen en ella, es decir, que la individualizamos e identificamos. Conozco los peligros que encierra esta afirmación, por ser el problema con que tropieza la historia de cada época, a menos de degenerar en una denuncia y una polémica odiosas.

La historia es la gran diferencial de todas las acciones humanas, de las acciones que no son contrarias entre sí de las muchedumbres numerables, sino que se distinguen por la diferencia de su peso. Porque la esencia de la historia humana, en cuanto aumentan la complejidad y la organización de las colectividades, la racionalidad y la eficacia de los aparatos estatales y de las asociaciones económicas, así como la posibilidad de manipulación y de planificación de las masas, tiene también la propiedad de acumular cada vez más decisiones de gran alcance entre las manos de individuos o de pequeños grupos de individuos. Se trata de un proceso que no se desarrolla en línea recta, sino que desencadena a veces reacciones revolucionarias, convirtiéndose así en una de esas antinomias corrientes en la historia, en las que la arbitrariedad aumenta en la misma proporción que la racionalidad organizadora y de este modo la racionalidad se neutraliza a sí misma; como sucede en la previsibilidad del porvenir, que disminuye a medida que se hace más precisa y eficaz la planificación, porque la previsión ha de partir de la tesis según la cual el por-

venir es la continuación de la evolución, que tiene sus propias leyes, es decir, una extrapolación calculable del presente, mientras que la planificación ha de partir de la tesis contraria, según la cual el porvenir puede manipularse de acuerdo con las conveniencias.

Pero la historia avanza gradualmente sobre estas antinomias. En su realidad, el acontecimiento histórico es siempre el encuentro imprevisto de series de evoluciones contradictorias o completamente heterogéneas, cada una de las cuales puede encauzarse, en cuanto se eliminan los demás factores, por un curso más normal. Ahora bien, en la verdadera historia, la historia del conjunto que, en el sentido más elevado y riguroso de la palabra, es siempre historia política, y discurre con la interferencia constante de todos los factores y contradicciones, ninguna de estas leyes obtenidas por abstracción llega a imponerse nunca sin obstáculos. Lo que llamamos la ironía de la historia —que para el verdadero historiador constituye el principio de la sabiduría—, aunque a menudo desemboque en dolores y sarcasmos, es generalmente, en su forma más sencilla, sólo ironía, ya que precisamente esos factores humanos que, de conformidad con el principio metódico de la abstracción científica o lógica, hemos de eliminar de nuestros modelos o propósitos para poder calcular, acaban perturbando nuestros planes. Por esta razón, el objetivo de las escuelas teóricas de historia fue siempre excluir de ésta el acontecimiento. Precisamente *l'histoire événementielle* se ha convertido en una blasfemia para toda una generación de historiadores franceses que ha marcado nuevos rumbos; pero su historia exenta de acontecimientos y reducida a curvas y ciclos no ha prosperado, y esto es exactamente lo que hace la ironía de la historia.

Sé muy bien que no he contestado todavía a la pregunta que formulé al principio: ¿para qué sirve todo esto? El conocimiento de cómo ha sucedido esto realmente, según la célebre frase de Ranke, o también, partiendo de la actualidad, cómo se ha producido realmente esto, no representa una ciencia que debería ser un sistema de hipótesis y conclusiones valederas, sino al parecer sólo una interminable suma de saber y de conocimientos sobre cosas pasadas, o sea una manera de poner constantemente en duda nuestro pasado. ¿Para qué se estimula el estudio de la historia en las universidades? ¿Por qué se subvenciona la investigación histórica con los fondos públicos (no con grandes medios, porque la historia forma parte de las disciplinas llamadas baratas)? Y sobre todo, ¿por qué se molesta con ese fárrago de conocimientos del pasado a los jóvenes que desean dominar el porvenir y cuyo pensamiento está totalmente vuelto hacia el futuro?

Esta pregunta debería tomarse en serio, y creo que ninguna otra ciencia —por lo menos ninguna disciplina, cuya categoría de ciencia nadie discute— se enfrenta con esta cuestión con tanta timidez. Claro está que la utilidad no es el criterio de los métodos científicos, ni siquiera de las matemáticas o de las ciencias sociales: todo verdadero hombre de ciencia persigue, dentro del universo que constituye su ciencia, las incógnitas y los objetivos del conocimiento sin propósito utilitario. Pero la utilidad final de las matemáticas y de las ciencias naturales, y precisamente también de sus especulaciones más audaces, ha quedado demostrada de manera demasiado avasalladora con las experiencias de los tiempos modernos, para que podamos dudar de su sentido y de su propósito. En todas partes se encuentra, al lado de la ciencia pura y teórica, la aplicación, o por lo menos la esperanza de su aplicación. Pero, ¿a qué podría aplicarse la historia, si no es a sí misma? La historia es el pasado, y el pasado ya no puede modificarse: pasemos a otra cosa y dejemos que los muertos entierren a los muertos. Nuestra misión es construir el porvenir.

Ahora bien, es evidente que no podemos edificar el porvenir sobre la *tabula rasa*, sobre el limpio tablero de dibujo del proyecto científico y racional; que, en todas partes, desde el comienzo de una planificación regional o nacional, desde la construcción de las carreteras nacionales o de la organización financiera federal hasta los problemas universales de la planificación del desarrollo, de la política demográfica o de la preparación de la paz, en una palabra, en todo lo que se refiere a la organización de las relaciones humanas, y en todas las fases de las estructuras sociales y políticas, tropezamos con los obstáculos de una realidad, que no es sino historia cristalizada; con los sistemas legales, las reglamentaciones de la propiedad, las prerrogativas, las antiguas pretensiones y las tradiciones nacionales, confesionales, políticas e ideológicas contrarias a la racionalidad, que son sólo historicidad institucionalizada; con las vacas sagradas de cada país, los sistemas estatales, las fronteras, las formas de gobierno, las ansias de poder, las tensiones y las hostilidades que, en realidad, no proceden del sano criterio racional, sino de un pasado histórico; que todo lo que tratamos fuera del laboratorio tiene una historia que se opone a la racionalidad matemática, en una palabra, que toda concepción de una estructura racional de la Tierra y de la convivencia humana que, en el fondo, es lícita para todo entendimiento sensato, viene a lastimarse siempre contra lo que sólo es actualidad inquietante de lo histórico en el momento presente. Por otra parte, el hecho de que las conquistas más audaces de las ciencias naturales que trabajan con los métodos matemáticos, la domesticación de la energía nuclear y las expediciones a los espacios siderales se

hayan convertido en el envite y en la pelota en la lucha de poderes entre los imperios y las ideologías, que no nace de la razón científica, sino de un drama histórico de una complejidad inaudita y de una enorme profundidad histórica: todo esto no nos hace más agradable la historia, sino que, por el contrario, la transforma en la causa principal de la irritación y de la verdadera aversión que sienten hoy muchos espíritus científicos por la historia, como lo más opuesto a la racionalidad.

El arquitecto del porvenir no puede levantar el andamio de su edificio sobre un terreno despejado y nivelado, sino que ha de construir sobre el montón de escombros de la historia que le parece caótico. Y su reacción comprensible es: ¡Fuera los escombros! ¡Vengan las excavadoras, allanemos el terreno y empecemos de nuevo! ¿Y dónde podría empezarse más fácilmente el desescombros de la historia que en los planes de enseñanza y en los lugares de investigación histórica y, sobre todo, en nuestros propios cerebros?

Esta reacción es, por supuesto, demasiado irrealista e irracional. Se basa precisamente en esa confusión del conocimiento y del objeto del conocimiento de que hablé al principio. No podemos hacer desaparecer la historia y nuestra propia historicidad quitando del mundo, e incluso de nuestros cerebros, el esfuerzo para llegar a su conocimiento y a la penetración espiritual. Hay en efecto unos escombros históricos que son una carga para el presente y deforman el porvenir, y la necesidad de eliminarlos, o mejor dicho de hacer una buena limpieza, es hoy más urgente que nunca, en interés de la humanidad, de su porvenir e incluso de su supervivencia. Precisamente esa necesidad de evacuar los escombros de la tradición y de los ergotismos históricos, así como de la conciencia histórica aceptada con indiferencia, puede convertirnos en historiadores, pues la verdadera misión de éstos no consiste en transmitir la tradición tal como la han recibido, sino en someterla a un examen crítico. La función de la historiografía consiste en aclarar, ordenar y hacer el análisis crítico de la historia, en revisar y en suprimir la mitología de la tradición aceptada como artículo de fe, en volver a interpretar el espíritu de la historia, considerada como una masa inerte de experiencias y recuerdos humanos, repitiendo sin cesar las preguntas, que como hombres de nuestra época dirigimos a la historia, lo mismo que interrogamos de nuevo a nuestra experiencia cada vez que nuestra existencia pasa por una crisis; y la historia, como todo objeto de conocimiento, sólo contesta al que sabe interrogarla.

La historiografía, tanto en su totalidad como en sus objetivos, sólo puede ser higiene histórica, un esfuerzo general por sustituir los mitos, las justificaciones, las pesadillas y los fantasmas históricos por un conocimiento

consciente. Los escombros de una historia no comprendida y ciegamente perpetuada no se hallan en el solar, sino en nuestra propia conciencia. Y éste es el punto en que la pregunta acerca de la utilidad de la historia se hace explosiva. Si la misión del historiador consiste en evacuar siempre de nuestra conciencia y, en primer lugar, de la suya, los escombros de la historia no comprendida o ideológicamente falseada, ¿debe considerársele como un miembro útil de nuestra sociedad o como un enemigo público que socava nuestra conciencia individual y tal vez nuestras convicciones más profundas? ¿Queremos efectivamente esta utilidad, que es la única que puede aportarnos un mejor conocimiento de la historia?

La investigación histórica, siempre y cuando sea una función social o una institución pública, contiene una *antinomia* de verdad y de utilidad esperada que no se encuentra en otra ciencia. No puede ejercerse en ese estado de inocencia en que pueden imaginarse otras ciencias, cuando pueden poner a la disposición de las fuerzas económicas y políticas los resultados impersonales y, en este sentido, objetivos, obtenidos mediante una cantidad cada vez mayor de instrumentos de observación exacta y que, finalmente, sólo se leen en los aparatos de medición y cálculo, sin pensar en cómo los emplearán dichas fuerzas, porque esto no afecta a la objetividad de los resultados.

La historiografía está indisolublemente vinculada a la conciencia histórica, gracias a lo cual pensamos y actuamos histórica y políticamente. En esta zona peligrosa se encuentran sin duda todas las ciencias dedicadas al conocimiento de la vida y de las actividades humanas en el ámbito común de la economía, del Estado y de la sociedad y que, por lo tanto, pueden influir en esta vida y en estas actividades; pero en ninguna de ellas y, por supuesto, en ninguna ciencia natural, desde que éstas han dejado de estar al servicio de la teología, han parecido tan tirantes las relaciones de la historia con los objetivos que la historia de los Estados, las monarquías o de los despotismos, e incluso de las democracias, desde que se la instituyó como objeto de enseñanza, para proclamar su fama, fundamentar la legitimidad de sus aspiraciones e imponer la lealtad a los súbditos, la fidelidad al Estado y consolidar el espíritu de sacrificio y la voluntad de defensa de los ciudadanos con el ejemplo de los padres, en una palabra, para manipular la conciencia histórica de los individuos, de conformidad con las exigencias de la ideología o del poder. Y allí donde la verdad histórica se ha opuesto a la ideología o ha podido interpretarse su sentido —pues el falseamiento, cuando no está monopolizado por el poder, se descubre pronto—, la investigación oficial se ha apresurado a intervenir en estas partes de la verdad, y de esta intervención surgieron numerosas obras científicas de

consulta como la *Monumenta Germaniae Historica*, o las *Sources de l'Histoire de France*. Pero lo que estaba en contradicción con la ventaja esperada, no necesitaba conocerlo la historia enseñada en las escuelas, ni se anotaba con letra pequeña al margen de la historia nacional o eclesiástica como una lamentable desviación del camino real.

En la historiografía se encuentran episodios espeluznantes, y el historiador debería dedicarse a su estudio para meditar y hacer su autocrítica. Por ejemplo, los discursos y las obras históricas sobre la primera Guerra Mundial y de la funesta etapa siguiente, que condujo directamente a la segunda; esos decenios en que los historiadores oficiales y más considerados de todas las naciones avanzaban casi unánimemente en filas compactas para demostrar la inocencia de su país y la culpa de los otros, muchas veces incluso de buena fe, pues el problema así planteado como una cuestión de culpabilidad, es decir históricamente mal planteado, estaba tan embrollado que no dejaba lugar para la interpretación. Esta literatura apologética de la historia para determinar a los culpables e inocentes contribuyó a crear una terrible confusión e hizo reincidir a los pueblos ofuscados. Existe una desconfianza contra los abusos de la historia, una sospecha ideológica contra la historiografía, plenamente justificadas, de las que ha de penetrarse en primer lugar el historiador, si quiere cumplir su misión y no convertirse en apologista o en hombre de partido. El hecho de que la historiografía se confunda tan fácilmente con su objeto no se debe sólo a la ingenuidad del erudito, sino sobre todo a que no puede apartarse de dicho objeto, a que se encuentra enzarzada en una polémica interminable dentro de esta historia, en la que lo más remoto sigue influyendo en el presente e incluso más allá, sin encontrar un punto de Arquímedes fuera de la historia, en el que pueda situarse, y a que ella misma contribuya a su propia formación, interviniendo en la manera como se transforma en conciencia histórica, a partir de la cual actúan los que viven en el presente.

Toda sociedad y toda colectividad consciente de sí misma organiza su historia para que le sirva de base y de fundamento para su conciencia; y su ser íntimo se expresa en la manera de definir su situación y su lugar en la historia. Indicaremos un problema esencial de la historia con unas palabras concretas: si la historia organiza su pasado como un canon sagrado, en el que se coordinan los hechos humanos como espejismos del orden cósmico, y si es necesario considerar toda solución de continuidad como una reinterpretación del orden universal del cielo y de la tierra, como en las grandes civilizaciones orientales; si es indispensable desterrar por completo de la conciencia la historia de la humanidad, como una confusión absurda de sufrimientos y de violencias, y sólo transmitir la mitología de la histo-

ría de los dioses, como hacen los hindúes, en cuya inmensa literatura no queda lugar para la historia humana, y si las únicas obras históricas clásicas han nacido en las cortes de los conquistadores extranjeros; o si es preciso tratar de comprender la historia como un encadenamiento de acciones humanas —o en el medioevo, como la historia de las pruebas a que estaban sometidos los hombres—, es decir, como la historia de los hombres y de la época, tal como se observa en las civilizaciones occidentales, que yo he llamado civilizaciones de los historiadores, siempre abiertas a nuevas autointerpretaciones y, por lo tanto, a la autocrítica, diremos que esto es lo que caracteriza su estructura íntima. Y en seguida vemos que los pueblos que escriben la historia y que tienen más conciencia de ella no son los que más se doblan bajo su peso: los pueblos que están ciegamente vinculados a su tradición y a sus leyendas son precisamente los que no conocen o no quieren reconocer su historia como la historia de la humanidad.

La ausencia de historia, es decir de conciencia histórica, no significa liberación de la historia, sino un abandono ciego a la fatalidad incomprendida, y lo que en la historia, y en general en la actualidad llamamos el despertar de los pueblos, se presenta al historiador como una lucha implacable para abrirse camino hacia la historicidad consciente. La conciencia histórica imprecisa o clara, ciega o crítica, es en sí misma un elemento esencial para el movimiento de la historia y, por esta razón, es también objeto de la investigación histórica, como las fechas y los hechos, que nada significan en realidad, cuando no podemos formarnos una idea general de la conciencia de los individuos que actúan. De ahí que permanezcan mudas para nosotros ciertas épocas, de las que sólo nos quedan piedras, esqueletos y tiestos, pero ninguna manifestación histórica. Esto es también lo que confiere a la historiografía una función eminentemente social y política, expuesta siempre a la presión ideológica interna y externa de la sociedad y, por consiguiente, a pecar contra el espíritu.

Nada es tan característico de esta situación como el hecho de que precisamente los regímenes de nuestra época, tomándose por los ejecutores de la historia y extrayendo su justificación de una ideología histórica, han sometido su propia historiografía a la mayor humillación que ha sufrido jamás la historia como ciencia: la circunstancia de que todavía hoy el historiador ruso, por ejemplo, no tenga derecho a escribir la historia de la Unión Soviética, que abarca algo más de medio siglo, ni los aspectos de su historia anterior, hasta los tiempos de la Horda de Oro, y que, de hacerlo, ha de ser conformándose al tejido oficial de embustes que, por lo demás, se modifica cada pocos años y condena a la destrucción las obras

históricas del año anterior, porque existe el peligro, según se mostró hace un decenio, de que al levantar una punta del velo ideológico que cubre la verdad histórica, se produzca el derrumbamiento de todo el edificio de la ideología histórica y del sistema de gobierno montado sobre ella, a pesar de haber empezado a alborear allí hace poco la convicción de que la ilusión de la mentira histórica, a largo plazo, no resulta ventajosa.

Así pues, cuando nos preguntamos qué utilidad tiene la historia para la vida, hemos de preguntarnos también qué entendemos por utilidad: ¿la entendemos como autoconfirmación y autojustificación o la consideramos como autocrítica? Si hay que buscar la verdad, la verdad que podemos comprobar con la mayor exactitud y de conformidad con los hechos, por ella misma y no por su utilidad, nos encontramos con el primero y el último principio de toda ciencia, y el hecho de que ninguna encuentra tantas dificultades para vivir y abrirse camino, según este principio, prueba lo inquietante que es para nosotros esta ciencia, no indiferente ni remota, sino inquietante, pues nos afecta directamente y puede perturbar nuestras convicciones y la conciencia que tenemos de nosotros mismos. Cuando la sociedad permite la investigación libre de la historia es como si apostara que, al fin, la verdad histórica habrá de serle más soportable que la autoconfirmación ideológica; según este principio, el historiador percibe concretamente las fronteras fluctuantes de lo que llamamos el mundo libre.

Sólo donde está autorizada la investigación histórica con miras a su conocimiento y donde la polémica histórica persigue la comprobación de la verdad histórica concreta, no por las consecuencias ventajosas o perjudiciales que pueda tener para una tradición o una creencia, sino sólo para eliminar los escombros de la historia y de la conciencia ideológica e histórica, sólo allí se practica la historiografía. Demostrar hasta qué punto nuestro pensamiento y los conceptos en que se basa están saturados de historia, a veces completamente olvidada, podría constituir el tema de la obra de toda una vida. El vocabulario no contiene una sola palabra para designar las relaciones sociales, políticas y culturales en que vivimos, donde no se haya cristalizado una experiencia histórica específica, que no presente la imposibilidad conocida de todo traductor consciente de trasladarla directamente al vocabulario de otra colectividad de distinta experiencia histórica específica. Creemos saber lo que pensamos cuando empleamos palabras al parecer tan sencillas e inconfundibles como gobierno, derecho, sociedad, comunidad, frontera, guerra y paz; pero la palabra correspondiente que hallamos en el diccionario de lenguas tan semejantes como el francés y el inglés tiene otro alcance conceptual y da lugar a otras asociaciones basadas en otra experiencia y otra conciencia histórica. Esta imposibilidad de tra-

ducir y, a menudo, de transmitir estructuras ideológicas, políticas y sociales podría seguirse en todas las ramificaciones de las confusiones lingüísticas babilónicas o electrónicas en que tiene lugar el “diálogo internacional” de nuestra época, pero en realidad empieza ya en las denominaciones más corrientes de los conceptos de Estado y de orden, considerados en cada caso como evidentes. Sabemos que el concepto de *Reich*, nombre que llevaba todavía la República de Weimar y que sigue trasgüeando muchas veces en el pensamiento histórico y político alemán, es un mito imposible de trasladar a otro idioma, y que no significa en absoluto lo mismo que *imperium* o *empire*; que el *Commonwealth* inglés, que se encuentra en su acepción histórica, a partir de la República puritana de Cromwell hasta la disolución fantasmagórica del Imperio Británico, no tiene un equivalente aproximado en ninguna otra lengua, a pesar de que en su origen no fue otra cosa que la traducción de *res publica*, es decir, *bien común*. La personificación maternal de la propia nación, que se materializó con la *France* ha desaparecido sin dejar la menor huella en el árido concepto geográfico de Francia, y ésta es la razón de que el patetismo peculiar de los discursos de los hombres de Estado franceses nunca pueda traducirse bien al alemán, pero sí al inglés. El hecho de que *Friede* pueda significar en la conciencia histórica de muchas naciones algo completamente distinto del idilio informe del pacifismo, en general, que sugiere este vocablo en la lengua alemana, es decir un poder fundado en el orden, por cuyo amor es lícito hacer la guerra, tal vez pueda explicarse sencillamente diciendo que nosotros sólo podemos emplear conceptos tan cargados de historia como *pax romana* —o en la analogía moderna de *pax británica* o *americana* o *soviética*— en las citas latinas.

Estos son los ejemplos más vulgares, sencillos y evidentes, pero sus consecuencias son graves. Desde las expulsiones practicadas durante la segunda Guerra Mundial, los alemanes han creado el concepto de *Recht auf Heimat* (derecho a la patria), que quisieran introducir en el derecho de gentes internacional, pero esto es imposible por la razón sencilla e incomprendible para el alemán de que la palabra *Heimat* no tiene en las otras lenguas equivalentes de que pudiera derivarse este derecho. Los norteamericanos han tratado de inventar un concepto de la política internacional sobre la base de vocablos como *partnership* y *leadership*, que tienen su razón de ser en los países de tradición jurídica germana; pero la mala suerte quiere que estas palabras sean completamente extrañas en los países latinos y de tradición jurídica basada en el derecho romano, como Francia, y al ser traducidas se convierten en expresiones que designan una relación jurídica y una estructura jerárquica de mando. Existen filosofías

políticas —y también de otras clases— que son perfectamente coherentes dentro de una estructura lingüística históricamente desarrollada, pero que trasladadas a otra estructura lingüística se derrumban o, si no, deben volver a pensarse sobre la base de nuevos conceptos, porque su sistema conceptual no tiene en ellas un equivalente exacto, como *Philosophie von Macht und Gewalt*, cuyo dualismo alemán se enfrenta en francés con una trinidad de términos: *puissance, pouvoir, violence*, en la cual no hay ningún término, cuyo valor sea comparable con el alemán.

Nos vemos obligados a operar con el concepto de nación, ya que desde hace un siglo se ha introducido en una forma subversiva y como un verdadero componente histórico en la historia de la humanidad, y hasta en un sentido histórico retrospectivo, porque cada nación que, hasta el siglo XIX, e incluso el XX, no sabía qué era una nación, ha dado un valor mitológico a su historia, apoyándose en este concepto, hasta el pasado más remoto y la ha presentado como historia nacional, pero nosotros mismos no sabemos lo que pensamos cuando pronunciamos la palabra nación. *Nación* es precisamente un caso límite típico de un concepto histórico, que es preciso volver a definir concretamente para cada individualidad histórica —o mejor dicho, que se define de nuevo para cada forma histórica en que adquiere realidad.

Las matemáticas y las ciencias naturales no están expuestas a esta confusión, porque ellas fijan sus propios conceptos. Pero la historiografía no tiene este recurso, porque su objeto es la historia. Dentro de ella —y fuera del lenguaje de la técnica y del laboratorio, todos nos hallamos dentro de ella— no podemos sustraernos a esa historicidad de la experiencia cristalizada en el lenguaje, la historicidad de todas las hipótesis, de los conceptos de valor y de orden que son la base de nuestro pensamiento, y precisamente alrededor de estas estructuras ideales de los órdenes humanos se han desarrollado siempre las grandes polémicas y luchas de la historia de la humanidad. Son ideas metódicas que no pueden reducirse a modelos matemáticos ni teóricos, e incluso los conceptos que, hasta cierto punto, son cuantificables y que desempeñan sin duda un papel importante en esas polémicas, como renta nacional y distribución de la renta, movimiento demográfico o clasificación social, sólo adquieren su significación histórica dentro de estas estructuras conceptuales. En cambio, sólo podemos explicar concretamente nuestras ideas fundamentales del orden cuando se refieren a la vida humana. Únicamente cuando empezamos a conocer la relatividad histórica de estas ideas nos sustraemos al terror de las ideologías históricas, que son los verdaderos escombros de la historia. La comprensión

de la historia desemboca en la comprensión de la historicidad de nuestras propias hipótesis ideológicas.

Un diccionario de la incompreensión internacional, que hoy sería indispensable para el servicio de las organizaciones y de los congresos internacionales, habría de ser ante todo un diccionario de la semántica, de la ecología y de la topología históricas de los conceptos y sistemas conceptuales de las relaciones humanas, o sea un libro de historia. Estas reflexiones conducen a otras disciplinas muy distintas, como la logística y la teoría de las comunicaciones, que trabajan en problemas análogos con sus propios programas.

Pero también conducen a otro postulado, precisamente al postulado ineludible de la historia universal. Se trata de un postulado antiquísimo de la historia que, en último término, sólo puede imaginarse en su totalidad, aun cuando esta totalidad sea imperfecta y, hasta en el pensamiento, una totalidad imperfectible, porque la historia no tiene fin. Ahora bien, la historia universal es, al mismo tiempo, un postulado completamente nuevo, cuya actualidad palpitante nace en esta forma de una conciencia totalmente nueva, en un mundo indisolublemente vinculado por el contacto y el conflicto, condenado a vivir un destino común, cuya historia, siguiendo su avance desde hace quinientos años, se ha fundido en un acontecer unitario, en el que finalmente habremos de aprender a interpretar cada una de nuestras historias como una parte de la historia de la humanidad. Y de esto brota un criterio de verdad histórica que tampoco es nuevo en sí, pero que precisamente, en la historia nacional de un pasado muy reciente, fue gravemente atropellado. Este criterio de la verdad histórica significa que no puede haber una verdad histórica para nosotros y otra para los demás, una aquende y otra allende los Pirineos, una historia para los descendientes de los cruzados, otra para los descendientes de los califas y una tercera para los descendientes de esa Iglesia Cristiana Oriental, cuyo último baluarte fue destruido por los cruzados cristianos que venían de Occidente. No puede haber una historia católica y otra protestante, una para los colonizadores y otra para los colonizados. El inmenso proceso histórico que ha conducido como un encadenamiento de acciones y sufrimientos históricos a esta inmensa fusión de colectividades de conciencia, ajenas entre sí, a un ecumenismo único, debe superarse como un proceso total de una historia común.

Esta tarea de la historia universal, su posibilidad de realización teórica, o su última imposibilidad, pueden no pasar de aquí: es el trabajo de Sísifo para el historiador, y a él puede aplicarse la frase de Camus: *Il faut s'imaginer Sisyphe heureux*. Sin embargo, ésta es la tarea en que trabaja la actual generación de historiadores, pasando por encima de todas las

especializaciones y de todas las fronteras, dondequiera que lleva a cabo la investigación histórica y dondequiera que puede sustraerse a la férula de la ideología, formulada con una frase moderna: la integración de la historia universal.

La integración del mundo nos plantea el problema de la elaboración de nuestra propia historia, la única que puede conducir a una toma de conciencia de nuestra historicidad común: esto es, la eliminación, llevada al límite máximo, de los escombros históricos. Esta es la labor que se ha asignado al historiador. Y sólo diremos de pasada que para ello no basta con barrer el polvo acumulado en la superficie en el curso de los últimos treinta o cincuenta años, como creen los que proclaman exclusivamente la historia contemporánea como la única útil para nuestra orientación. Nuestra conciencia histórica, lo que separa y lo que une nuestra historicidad está más oculto, y escarbar en el polvo de la superficie no contribuye generalmente al esclarecimiento de nuestras ideas y de nuestras ilusiones relativas a la historia y a la historicidad. Mas, si queremos saltar por encima de su sombra, no podemos tomar una carrera tan corta.

Toda historia es la historia del momento presente, porque el pasado no puede experimentarse como tal, sino como el presente del pasado. Y toda la investigación histórica es la actualización de lo que nos afecta del pasado, pues seríamos incapaces de perseguir otra cosa. Ahora bien, lo que del pasado es presente para nosotros, es algo distinto del golpe de Estado del año pasado o de la crisis internacional del anterior, que nos emocionó durante un momento, porque el periódico venía lleno de hechos que hace tiempo hemos olvidado. Esto sería historia sin historicidad, simple actualidad, como historia sin historia, drama sin exposición de la intriga de donde nace, es decir, el drama absurdo tan propio de esta época, cuya enorme boga tiene un sentido profundo: pues el drama absurdo no es más que un presente sin historia.

He pasado de un extremo a otro, del estudio de lo particular, concentrado en lo mínimo y aparentemente absurdo, al postulado de la historia universal que se ha hecho inteligible. Esta es la polaridad en que se efectúa todo trabajo histórico, ya que la investigación de lo particular sólo tiene sentido en una hipótesis de lo general, y la hipótesis sólo puede verificarse volviendo a lo particular, donde se confirma o se desmiente. Así es en efecto —pero de este modo se encuentra la historiografía en el extremo opuesto de una escala de las ciencias que, según su grado de aptitud para la generalización, la abstracción y la posibilidad de reducir a fórmulas matemáticas, parte del modelo, normativo para hoy, de las matemáticas puras, y según su grado de utilidad, se aparta de este modelo de ciencia

pura. En su idea de una historia de la totalidad, que es irrealizable en la historia, tampoco puede imaginarse la historia como una generalización, sino como una concreción y una individualización progresivas, puesto que la historia no conduce al conocimiento objetivo de algo que está fuera de nosotros, sino siempre a nosotros mismos.

En la historia no existe ley ni legalidad alguna que pueda librnos de nuestra responsabilidad para con nuestra historia. No podemos imaginar nuestro pasado, la historia acaecida, como una necesidad en el sentido de la historia natural, ni nuestro porvenir como condicionado por el pasado, pero, dentro de nuestra limitación, podemos pensar libremente: la historia ha venido hasta nosotros, no porque debiera venir así, ni tampoco por casualidad, sino porque las personalidades históricas han actuado como lo han hecho desde la claridad o las tinieblas de su conciencia, y el porvenir no vendrá como debe venir, según las previsiones, ni como un azar ciego, sino como nosotros, conscientes de nuestra limitación y de nuestra libertad históricas, lo formemos teniendo en cuenta nuestra responsabilidad.

*Herbert Lüthy*